

"MUJERES INCAUTAS Y SUS HIJOS BASTARDOS". CLASE, GENERO Y RESISTENCIA CAMPESENA EN LA REGIÓN CAFETERA DE CUNDINAMARCA. 1900-1930 (Primera Parte)

Michael F. Jiménez*. Departamento de Historia.
Universidad de Princeton

"El despertar de la agricultura es notable", dijo Jesús del Corral a un grupo de grandes propietarios en Bogotá, el día lo. de mayo de 1914.

y las tierras que le son propicias empiezan a valorizarse; vamos a quedar los colombianos situados en la calle real del mundo, o sea el Canal de Panamá, y necesitamos ponernos a la altura de nuestra situación

Redoblemos, pues, las fuerzas, activemos el combate, y preparémonos luego para asistir al regio banquete de los pueblos civilizados (1).

Una década después de la crisis económica y la guerra civil de comienzos de siglo, las élites cafeteras se encontraban en un

* Michael F. Jiménez recibió su doctorado de la Universidad de Harvard en 1986 y actualmente se desempeña como profesor asistente del Departamento de Historia de la Universidad de Princeton. Está terminando un libro sobre protesta agraria durante los años de entre-guerras, titulado Red Viotá: Authority and Rebellion in the Colombian Andes, 1900-1950 Versión en español: William W. Pickett

1. Jesús del Corral, "Por los siervos de la gleba", Revista Nacional de Agricultura, IX:120, Edición especial, junio de 1914, p.7.

ambiente de celebración. La creciente demanda por su café en el mercado internacional parecía dar la base para una estabilidad política y un progreso social sin precedentes en Colombia (2). Pero el orador obviamente intentaba hacer una advertencia acerca de las condiciones en las regiones donde funcionaban plantaciones cafeteras al suroeste de la capital, las cuales podrían generar una "rebelión niveladora" llevada a cabo por el campesinado. Se quejaba de que las multas, las exigencias laborales y las persecuciones infligidas al campesino pobre por los propietarios y los funcionarios locales violaban "los imperativos de la moralidad y de la justicia que debieran reinar en cualquier república cristiana", y era probable que generaran protestas peligrosas en esa vital región.

Habiendo reprochado a los demás caficultores por su "verdadero régimen feudal", Jesús del

2. Para una descripción de la situación económica y política en Colombia a finales de la primera década del siglo XX, véase Charles W. Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910* (Durham: Duke University Press, Carolina del Norte, 1978).

Corral insistía en que la mayor amenaza al orden social era el estado físico y moral de los pobres. Describió a los miembros de la población rural

muchos de los cuales, por falta de abrigo, de sustento oportuno y de régimen higiénico, mueren en la infancia, flagelados por los efectos del guarapo y por la anemia tropical; y los que logran escapar de la muerte prematura se convierten en hombres débiles, anémicos, de mala digestión y llenos de vicios degradantes y de supersticiones estúpidas.

Para él la crisis encontraba su origen en la debilidad de la familia como institución, porque

la mayor parte de los peones y arrendatarios viven en estado de amancebamiento y, por ende, no se preocupan de formar hogar ni de cuidar y educar los hijos (3).

Durante las tres décadas anteriores a la Gran Depresión algunos observadores encontraron que los campesinos de la zona cafetera de Colombia eran indiferentes, incluso hostiles, acerca de los esfuerzos por civilizarlos en este aspecto. Los nacimientos

3. Jesús del Corral, "Por los siervos de la gleba", p. 11.

La crisis encontraba su origen en la debilidad de la familia como institución, porque la mayor parte de los peones y arrendatarios viven en estado de amancebamiento.

ilegítimos, hasta el setenta y cinco por ciento en algunos municipios con grandes plantaciones a comienzos de siglo, habían sufrido una leve disminución a la víspera de la Depresión (4) y se reportó que los pobres en el campo huían de los misioneros de la Iglesia que enseñaban la doctrina católica y buscaban santificar matrimonios de unión libre (5). Se llegó a la conclusión de que las "mujeres incautas", como Jesús del Corral las calificó, habían transgredido las concepciones de la clase alta sobre el hogar ideal dominado por el varón, y por consiguiente desafiaban indirectamente el dominio de dicha clase.

La preocupación de las élites acerca de la aparente incoherencia de la vida familiar en las regiones de las grandes haciendas cafeteras sugiere que existía un complejo entrelazamiento de clase y género en las disputas entre los campesinos y los hacendados cafeteros durante las tres primeras décadas del siglo XX. Este capítulo explora las

⁴ C. H. Arboleda, Estadística de la República de Colombia, Bogotá, Imprenta Nacional, 1906, p. 65; "República de Colombia", Anuario Estadístico de Colombia, XXIII, Bogotá, Imprenta Nacional, 1929, pp. 87-90.

⁵ Jesús del Corral, "Por los siervos de la gleba", p. 12.

maneras en las cuales el género moldeó a lo que James Scott ha llamado el "registro" de clase durante el auge del capitalismo de exportación en dicha región cafetera, lo cual simultáneamente aumentó la resistencia campesina a los terratenientes y al Estado, e imposibilitó la creación de una cultura de oposición que abarcara las necesidades y aspiraciones tanto de mujeres como de hombres (6). Este artículo se centra en datos obtenidos en el departamento de Cundinamarca y en las grandes plantaciones cafeteras de Viotá. El argumento aquí expuesto es que mientras el patriarcado fue proclamado por las élites y los hombres campesinos como la base de la sexualidad, la estructura familiar y la división de mano de obra basada en el género, varios fac-

tores impidieron la consolidación de un campesinado inequívocamente dominado por el varón, a la sombra de las grandes haciendas (7). La organización

7 .La utilización del término patriarcado en este ensayo sigue la de Judith Stacey, *Saber: una familia y un sistema social en los cuales el poder del varón sobre mujer y los hijos se deriva del papel social del padre y es apoyado por una economía política en la cual la unidad familiar retiene un papel productivo significativo. Patriarchy and Socialist Revolution in China*, Berkeley, University of California Press, 1983, p. 12.

⁶ James C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 1985, pp. 184-188.

de producción para exportación, las instituciones de control social notablemente frágiles y las depredaciones sexuales de los hacendados y mayordomos ejercieron una influencia sobre la vida campesina, lo cual hizo que hombres y mujeres se opusieran al dominio de los caficultores y afirmaran su autonomía en maneras diferentes, a veces congruentes, y ocasionalmente antagónicas. De hecho, lo que Joan Scott ha descrito como el

PATRONOS, CAMPESINOS Y HACIENDAS CAFETERAS EN CUNDINAMARCA

Durante los últimos veinte años del siglo XIX los empresarios colombianos que deseaban fomentar la agricultura de exportación en las laderas occidentales de la Cordillera Oriental se manifestaron poco optimistas acerca del material humano disponible. Esta región semitropical, popularmente conocida como tierra caliente, es una serie de valles y cañones agrestes que se extiende hacia el este desde el río Magdalena hasta donde comienza la Sabana con sus altos índices de población y sus climas moderados, los cuales habían dominado la parte norteña de los Andes desde la conquista del siglo XVI. La región cafetera estaba escasamente poblada por peones y arrendatarios en fincas ganaderas y plantaciones de caña y por pequeños propietarios que estaban fuertemente arraigados a la tierra y no era fácil atraerlos para que trabajaran en las haciendas cafeteras recientemente establecidas.

Observadores extranjeros llamaron la atención sobre las enfermedades tropicales que azotaban a los habitantes de las laderas, y sobre su alegada predilección por las fuertes bebidas locales de jugo de caña fermentado en las cuales supuestamente gastaban "todos sus sueldos en orgías alcohólicas" (9). Los pobladores de estas regiones tenían la reputación de ser indolentes, dados a la vagancia, al

impacto de género en la "construcción misma de clase" afectó significativamente los términos de la resistencia campesina a los caficultores de Cundinamarca durante el primer tercio del siglo XX (8).

La organización de producción para exportación, las instituciones de control social notablemente frágiles y las depredaciones sexuales de los hacendados y mayordomos ejercieron una influencia sobre la vida campesina.

8. Joan Scott, "On Language, Gender and Working Class History", *International Labor and Working Class History*, 31, 1987, p. 10.

9. Walter Rothlisberger. *El Dorado: estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*, segunda edición, Bogotá, Banco de la República, 1963, p. 50.

bandolerismo y al juego; Federico Aguilar lamentó en 1886 que "si no fuera por la extrema apatía de sus habitantes, sería posible exportar tres veces más de lo que hoy en día se recolecta" (10).

Para resolver el problema laboral, los caficultores recurrieron al altiplano cundiboyacense. En 1878, un terrateniente viotuno propuso el reclutamiento de trabajadores "de Boyacá donde la población es grande, donde hay mucha pobreza y los salarios son muy bajos" (11). La base tradicional de la sociedad colombiana estaba sufriendo una severa crisis social ocasionada por la ex-

La base tradicional de la sociedad colombiana estaba sufriendo una severa crisis social ocasionada por la expansión demográfica, la erosión de la industria casera y las reformas liberales sobre el régimen de tierras.

pansión demográfica, la erosión de la industria casera generada por la importación de productos manufacturados y las reformas liberales sobre el régimen de tierras que condujeron a la consoli-

dación de las grandes haciendas (12). En consecuencia, comenzando en el año 1860 y logrando su mayor auge durante las primeras dos décadas del siglo XX, un segmento significativo del campesinado mestizo del altiplano se trasladó a la región cafetera al occidente de la capital. Estos migrantes tenían la reputación de ser superiores a los habitantes de tierra caliente; el geólogo alemán Alfred Hettner informó que los del altiplano eran, como sus propios compatriotas, "trabajadores extremadamente emprendedores", que tenían personalidades "serias y tranquilas", no como los calentanos, quienes, como los franceses, se entregaban a "diversiones escandalosas" (13).

Se creyó que los migrantes del altiplano, aparentemente bien enseñados en las comunidades jerárquicas y bien organizadas, presentaban las condiciones propicias para los rigores de la agricultura comercial; el geógrafo y naturalista José Vergara y Velasco aseguró a las élites que el habitante del altiplano era "era-prendedor e incansable, sumiso y valiente..., una máquina, por que él hace todo con igual pasividad y deber" (14).

Los hacendados de tierra caliente, sin embargo, se encontraban persistentemente en una posición desventajosa respecto a sus esfuerzos por adquirir y mantener una fuerza laboral barata;¹ disciplinada. Ellos se quejaban frecuente y amargamente durante el medio siglo antes de 1930 de la escasez de manos, A menudo, el flujo de migrantes

10. Federico Aguilar, Un paseo de verano en Peñalisa, Girardot y La Pradera, Bogotá, Imprenta de I. Borda, 1886, p.50.
11. Carta de Carlos Abondano, noviembre 12 de 1878, en Juan de Dios Carrasquilla, Segundo informe que presenta el comisario de la agricultura nacional al poder ejecutivo para el conocimiento del Congreso, año de 1880, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1880, p.42.

12. Para una discusión de la crisis en el altiplano, véase William P. McGreevy, An Economic History of Colombia, 1830-1930, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, Parte II.
13. Alfred Hettner, La cordillera de Bogotá: resultados de viajes y estudios. Traducido por Ernesto Guhl, Bogotá, Banco de la República, 1966, pp. 312-313.

14. F. J. Vergara y Velasco, Nueva Geografía de Colombia, segunda edición, III Bogotá, Banco de la República, 1974, p. 666.

del altiplano cundiboyacense era insuficiente y, en décadas posteriores, los caficultores tenían que competir con los trabajos mejor pagados en las ciudades y en los proyectos de obras públicas, y con las oportunidades que surgían en las nuevas fronteras agrícolas en el occidente. Además, después del año 1870 las nuevas élites cafeteras sufrían regularmente de recursos monetarios inadecuados, de mercados mundiales fluctuantes, de altas tasas de interés, y los costos de producción en aumento imposibilitaron que la mayoría de los caficultores pudiera atraer y mantener trabajadores con altos sueldos (15). Finalmente, Colombia, a diferencia de otros grandes países cafeteros de Latinoamérica, no estaba en capaci-

15. Para una extensiva discusión de los problemas que confrontaban los grandes caficultores en la región central de Colombia, de los años 1870 a los años 1920, véase Marco Palacios, *Coffee in Colombia, 1850-1970: An Economic Social and Political History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

dad ni de atraer ni de coaccionar una fuerza laboral disciplinada para la agricultura en las haciendas; los inmigrantes europeos vinieron a Colombia en números que ni siquiera se acercaron a los que ingresaron al Brasil antes de la Primera Guerra Mundial, y el Estado colombiano no desarrolló un instrumento para someter al campesinado en servidumbre como el que evolucionó en Guatemala durante la primera parte del siglo XX (16).

16. Para contraste con el caso colombiano, véase para Brasil, Thomas Holloway, *Immigrants on the Land: Coffee and Society in Sao Paulo, 1886-1934*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980; y para Guatemala, J. C. Cambranes, *Coffee and Peasants: The Origins of the Modern Plantation Economy in Guatemala, 1853-1897*, Estocolmo, Instituto de Estudios Latinoamericanos, 1986; David McCreery, "Coffee and Class: The Structure of Development in Liberal Guatemala", *Hispanic American Historical Review*, 56:3, 1976, pp. 438-460; y Carol Smith, "Local History in a Global Context: Social and Economic Transformation in Western Guatemala", *Comparative Studies in Society and History*, 26:2, 1984, pp. 193-228.

Como respuesta a estos obstáculos surgieron una estructura de pago y un sistema administrativo que dieron las bases para el cultivo exitoso de café en Cundinamarca durante varias generaciones, lo cual también condujo a su ruina. Un manual para caficultores publicado en 1892 recomendó la utilización de mano de obra asalariada y advirtió no utilizar aparcería, arrendamientos u otras formas de tenencia (17). Pero dicho consejo se aplicaba más al pequeño y mediano propietario, y antes de 1930 sólo unos pocos de los hacendados contaban con suficiente capital líquido para emplear mano de obra asalariada. Transcurridas las primeras décadas del siglo XX, la mayoría de los grandes

Un manual para caficultores, publicado en 1892, recomendó la utilización de mano de obra asalariada y advirtió no emplear aparcería, arrendamientos u otras formas de tenencia.

caficultores había instituido la tenencia de servicio para atraer y mantener la mayoría de su mano de obra permanente. En este sistema, los arrendatarios trabajaban en los cafetales bajo una supervisión directa durante aproximadamente quince días; a cambio, se les asignaba una pequeña parcela, que usualmente medía entre una y dos hectáreas, en las cuales se les permitía cultivar únicamente alimen-

17. Nicolás Sáenz, *Memoria sobre el cultivo de café*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1892, p. 21.

tos (18). Con la eventual expansión de las haciendas, más tierra sirvió como sustituto para el pago de los salarios; en Viotá, durante la primera parte de los años treinta, una quinta parte del municipio estaba dedicada a estancias, y en algunas de las haciendas más grandes entre un veinte y un cuarenta por ciento de sus territorios habían sido asignados de esta manera (19). Con una porción sustancial de la tierra y de la fuerza laboral fuera del control directo de los caficultores no es de extrañar que éstos hayan fomentado una especie de gestión jerárquica y arbitraria en las haciendas. Bajo tales circunstancias, la utilización eficaz de la mano de obra campesina dependía de que los administradores, los mayordomos y los representantes de los patronos disciplinaran a sus trabajadores mediante un código sistemáticamente caprichoso y arbitrario de los reglamentos de trabajo, los contratos de arrendamiento de tierra y las formas de pago (20). Este tipo de ges-

ción estaba influido por un paternalismo en el que la benevolencia y el perjuicio se hallaban en un equilibrio precario. En esta brutal intimidad, el suministro de regalos y tratos especiales para asegurar la lealtad y el afecto de los subordinados se implementó en conjunto con una pedagogía aún más cruel que incluía palizas, latigazos, expulsiones y abuso sexual brutales (21).

tipos de relaciones entre patrones y trabajadores en las firmas de pequeña escala descritas por Richard Edwards en su obra *Contested Terrain: The Transformation of the Workplace in the Twentieth Century*, Nueva York, Basic Books, 1979, Capítulo 2. 21. La siguiente discusión sobre la organización y el sistema de administración laboral en las grandes plantaciones cafeteras proviene de entrevistas con terratenientes, arrendatarios, trabajadores agrícolas, comerciantes y funcionarios locales en Viotá y Bogotá, quienes tienen un profundo conocimiento de la historia del distrito antes de 1930. Material adicional también era disponible en una corta historia municipal escrita por José Benigno Galindo, *Monografía de Viotá* (n.d.). Un informe del Congreso escrito inmediatamente después de una violenta confrontación entre arren-

" Viviendo al capricho de los señores", como los describió Jesús del Corral, los estancieros parecían estar en una posición poco envidiable (22). Esto resultó especialmente cierto, como tempranamente afirmó un caficultor de Viotá, si se comparaba con los jornaleros quienes, siguiendo las cosechas y evitan-

datarios, trabajadores, mayordomos y hacendados, "Informe que rinde la comisión encargada de estudiar los sucesos ocurridos en Viotá el 31 de julio 1932", *Anales de la Cámara de Representantes* (19 de septiembre 1932). Existen dos documentos que dan un traspasado profundamente a estas cuestiones: primero, una carta de Francisco José Chaux al "Sindicato general de propietarios y empresarios agrícolas del Comité de Cafeteros de Colombia", Bogotá, junio 16, 1933, 21 p. Archivo Olaya Herrera Sección 5. Folio 46. La segunda es un proyecto de ley sobre contratos de arrendamientos de tierra y la discusión de sus puntos principales, el cual fue elaborado en el Ministerio de Industria, "Exposición de motivos sobre 'Proyecto de ley sobre contratos de arrendamientos de tierra y servicios, entre propietarios de fincas rurales y estancieros' ", lo. de junio 1933. Archivo Olaya Herrera, Sección 5. Folio 13. 22. Jesús del Corral, "Por los siervos de la gleba", p. 7.

18. Para descripciones y análisis de los acuerdos de arrendamiento de tierra, ver Palacios, *Coffee in Colombia*, Capítulos IV y V; y Malcolm Deas, "A Colombian Coffee Estate: Santa Bárbara, Cundinamarca, 1870-1912", en las ediciones de Kenneth Duncan y Ian Rutledge, *Land and Labor in Latin America: Essays in the Development of Agrarian Capitalism in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, pp. 269-298.
19. Federación Nacional de Cafeteros, *Censo Cafetero*, 1932. Una completa discusión de esta estructura de hacienda y sus implicaciones económicas y sociales se encuentra en Michael F. Jiménez, "Traveling Far in Grandfather's Car. The Life-Cycle of Coffee Estates in Central Colombia. The Case of Viotá, Cundinamarca, 1900-1930", *Hispanic American Historical Review*, 69:2, mayo de 1989, pp. 185-220.
20. Los sistemas de administración laboral de las haciendas de la ladera occidental tenían importantes similitudes con los

do las haciendas que tenían reputación de maltrato, "ganaban más y sufrían menos... [y] despreciaban a los arrendatarios con desdén y tristeza" (23). Pero la arbitrariedad y la brutalidad de las condiciones de tenencia ponen de manifiesto la debilidad de la gran hacienda como un vehículo efectivo de control social. Paradójicamente, lo que era económicamente racional, en última instancia resultó ser socialmente insostenible. La tenencia de servicio fue un método oportuno para la adquisición y retención de mano de obra, pero la tierra como forma de pago hizo que unidades de pequeños propietarios relativamente autónomas se arraigaran en las grandes haciendas, poniéndolas en peligro a largo plazo. Esto se tornó bastante claro en la última parte de los años veinte y durante los años treinta cuando los campesinos cundinamarqueses forma-

ron ligas y sindicatos para luchar por reducidas obligaciones laborales, recompensas más altas y, finalmente, por ser dueños de sus estancias y otras tierras de la hacienda. Estas protestas, que ocurrieron durante la era de la Depresión, reflejaron las instituciones y la ideología del agrarismo revolucionario tal como surgió en China y en otras partes del mundo durante estos años. Pero fueron precedidas y de hecho influidas por negociaciones intensivas entre campesino y patrón, en lo cual se centra este ensayo. Por el lado del campesino, estas negociaciones usualmente se llevaban a cabo de manera individual, y en ciertas ocasiones de manera colectiva, pero rara vez de manera obviamente ideológica o política.

Entonces, las "máquinas" del altiplano resultaron ser mucho menos maleables que lo esperado por los caficultores, rechazando tempranamente las exigencias de la agricultura de exportación e intentando constan-

temente establecer pequeñas propiedades independientes.

Las confrontaciones más directas y repetidas entre dueños, mayordomos y campesinos ocurrieron en los lugares de trabajo en las plantaciones donde los niveles de supervisión y evaluación eran generalmente altos. En los cafetales y los centros de procesamiento, los campesinos enfrentaron un proceso de producción meticulosamente organizado y cada vez más exigente, el cual estaba diseñado para satisfacer los requerimientos de los mercados del Atlántico del Norte (24); al llegar los años veinte, el café colombiano había logrado una reputación en el extranjero, parcialmente debida a la forma sistemática e intensiva de podar los cafetos y a la recolecta individual del grano que se maduraba durante un período de cosecha de varias semanas (25). Bajo estas cir-

23. Gabriel Ortiz Williamson, "Policía rural", *Revista Nacional de Agricultura*, 10 de junio de 1909, p. 185.

24. Los factores que presionaban a los caficultores para que produjeran un grano de alta calidad con destino a los mercados norteamericanos se describen en la *Sociedad de Agricultores de Colombia*, "El café colombiano y las proporciones de su consumo en los Estados Unidos", *Revista Nacional de Agricultura*, julio-agosto de 1922, pp. 5-7; y "Colombian Coffee Trade Condition Promising", *Spice Mili*, febrero de 1924, que afirma que "Colombians... have grown considerably in favor with the progressive roasters all over the country". p. 152.

25. Comparar este tipo de cuidado del café to y de cosecha en Brasil descrito por Stanley J. Stein, *Vassouras: A Brazilian Coffee County, 1850-1890*, Cambridge, Harvard University Press, 1957; y Holloway, *Immigrants on the Land*, pp. 31-32. Entre 1905 y 1929, los precios del café colombiano eran en promedio 3.3 centavos de dólar más altos por libra que las variedades brasileñas; a mediados de los años veinte, la diferencia al canzó hasta 6 centavos por libra. Robert C. Beyer, "The Colombian Coffee Industry: Origins and Major Trends, 1774-1940". Tesis doctoral no publicada, Universidad de Minnesota, 1947, pp. 356-385.

cunstancias, los campesinos resistieron de manera tradicional el ritmo y los objetivos del trabajo en grupo bien vigilado. El trabajo a destajo constantemente renegociado condujo a operaciones tortuga y bajos rendi-

el hecho de que los esfuerzos por parte de los arrendatarios de reducir sus obligaciones laborales generaron conflictos constantes en cuanto al cumplimiento de las mismas, a las negociaciones de trabajos específicos en lugar de

campesinado. Mientras sólo los más atrevidos desafiaron las sanciones de la hacienda contra la producción de café, muchos arrendatarios producían alimentos, carbón vegetal, cigarrillos, panela y guarapo para vender en los pueblos vecinos y en las pequeñas plazas de mercado donde, a comienzos del siglo XX, se habló de "dos a tres mil personas haciendo transacciones por sumas considerables" (27).

La economía campesina que evolucionó dentro de las grandes haciendas resultó ser el tema de discusión en los encuentros tensos, y a veces volátiles, entre los caficultores y los campesinos pobres. Hubo, por supuesto, una negociación constante acerca de las exigencias laborales, que incluía la negociación por parte de la hacienda del privilegio de vender sus productos a los



mientos; los mayordomos que intentaban acelerar el trabajo o que fomentaban competencia entre los trabajadores fueron frustrados en sus intenciones por amenazas y presión comunitarias. También hubo roces respecto a la cantidad producida y la remuneración, impulsando a los campesinos a mezclar cascajo con el grano del café y a los administradores a reducir el tamaño de las cajas de medición mientras mantenían el mismo esquema de pago (26). Lo que resultó ser más significativo fue

trabajo en grupo y, para aquellos con suficientes recursos, a la contratación de sustitutos para cumplir sus deberes de trabajo.

Para los arrendatarios, el escapar de dichas obligaciones significó mayores oportunidades para consolidar la unidad económica familiar basada en las asignaciones de tierra que servían de pago para su trabajo. Si los caficultores esperaban que estas parcelas suministraran únicamente las necesidades básicas de su fuerza laboral permanente, fallaron en apreciar las ambiciones, la energía y la astucia del

26. Para un estudio intrigante de formas similares de negociaciones sobre el lugar de trabajo en una sociedad de plantación, aunque en alguna medida diferente a causa de la esclavitud, véase James Oakes, *The Ruling Race: A History*

of American Slaveholders, Nueva York, Random House, 1983, especialmente el Capítulo 6.

27. Gabriel Ortiz Williamson, "Región de Subía", *Revista Nacional de Agricultura*, noviembre de 1906, p. 270.



"Niño campesino", 1950.

arrendatarios que no habían cumplido sus obligaciones. Adicionalmente, disputas amargas y violentas surgieron respecto de la compensación por las mejoras hechas a las parcelas por parte de los arrendatarios; aunque los caficultores inicialmente resistieron, al llegar la segunda década del siglo XX dichos pagos eran relativamente comunes. Los arrendatarios y los propietarios disputaban siempre la utilización de los recursos de la hacienda. Mucha de la tensión se centró en el acceso a los potreros y bosques no cultivados que rodeaban el centro de la plantación, los cuales se habían transformado en áreas comunes donde los arrendatarios cazaban y recolectaban madera para la producción de carbón vegetal y para materiales de construcción. Además, la caña robada de la hacienda, la ración de melado dada a los trabajadores y la caña cultivada en las estancias se convirtieron en la base para una extensiva manufactura a pequeña escala de panela y de bebidas fermentadas y destiladas que gozaban de una gran demanda a través de toda la región cafete-

ra (28). Finalmente, mientras estas unidades familiares prosperaban, los intentos por parte de los caficultores de extraer la riqueza del arrendatario y desviarla a las arcas de la hacienda mediante multas, honorarios para licencias y peajes sobre productos que pasaban a través de las haciendas hacia el mercado, generaron todo tipo de evasivas y engaños.

Más allá de las plantaciones de café, sin embargo, los encuentros de los arrendatarios con el Estado resultaron ser igualmente precarios y explosivos, tal vez más. La sociedad civil no fue el foro más propicio dentro del cual los arrendatarios podían hacer reclamos contra los caficultores,

quienes a menudo estaban aliados con los burócratas locales; la frontera entre las normas de la hacienda y el sistema legal fue verdaderamente tenue dado que las autoridades castigaban a los arrendatarios por infracciones a las regulaciones de la hacienda. Además, el gobierno municipal de Cundinamarca a comienzos del siglo XX dependía fuertemente de los trabajos forzosos; obligaciones no cumplidas resultaron en multas, embargos de los bienes de los campesinos e inclusive abuso físico. Mientras las economías de los arrendatarios se cristalizaban, parecían ser un blanco aún más atractivo para el Estado. Para evitar a los tasadores de impuesto de consumo, el campesinado desarrolló redes extensivas para proteger la economía de contrabando basada principalmente en la producción y venta de licores. En 1911, un funcionario departamental calificó a aquellos que evadían los impuestos de consumo como "una especie de fraternidad... audaz, agresiva, llena de sutilezas y de capacidades

***Si los caficultores
esperaban que estas
parcelas suministraran
únicamente las necesidades
básicas de su fuerza
laboral permanente,
fallaron en apreciar
las ambiciones,
la energía y la astucia
del campesinado.***

28. Ortiz Williamson escribió en su descripción de 1906 sobre el distrito de Viotá que "a través de la región hay un gran número de trapiches que producen melao y panela. Hay algunas haciendas que tienen entre veinte y treinta cada uno", "Región de Subia", p. 270.

sorprendentes" (29). Al final de la década, después de varios episodios en los cuales la muchedumbre saqueó la oficina de recaudos y liberó a los ofensores de la cárcel, un portavoz departamental deploró el hecho de que los "tasadores de impuesto de consumo, reducidos en número y carentes de autoridad, simplemente no pueden visitar ciertas regiones donde los contrabandistas viven constantemente en alerta y están preparados para el combate, bien armados y resueltos a defender su industria" (30).

Los hacendados no eran del todo insensibles a la difícil situación de los campesinos en este respecto. Un observador notó que las exigencias adicionales, tales como la imposición de trabajos forzosos, hacían surgir "el

espectro de rebelión entre estos trabajadores de tez oscura, espíritus simples... [así que] sólo rompan sus cadenas y abandonen sus parcelas" (31). Huir fue una respuesta extrema, mas no poco usual, a las presiones de los funcionarios departamentales, pero ciertamente resultó preocupante a los caficultores que deseaban fuerzas laborales estables. Igualmente problemática fue la consternación causada en toda la región cafetera por las campañas destinadas a cobrar los impuestos de consumo, particularmente con las barridas de policía y de fuerzas especializadas que trabajaban conjuntamente para recolectar dichos fondos. Esto condujo a que los hacendados denunciaran a los representantes del Estado como "parásitos que vivían del granjero, ni trabajando, ni dejando a los demás hacerlo" y hasta los acusaron en ciertas ocasiones de fomentar el descontento so-

los caficultores llegaron a confiar en la estabilidad y viabilidad de las unidades familiares de los arrendatarios, uniéndose con ellos en contra del Estado aun cuando el campesinado mismo amenazaba la integridad de sus instituciones desde adentro.

cial (32). Paradójicamente, los caficultores llegaron a confiar en la estabilidad y viabilidad de las unidades familiares de los arrendatarios, uniéndose con ellos en contra del Estado aun cuando el campesinado mismo amenazaba la integridad de sus instituciones desde adentro.

Mientras se preocupaban por las amenazas al orden público causadas por las presiones gubernamentales sobre los campesinos pobres, los caficultores mismos dependían de un código paternalista defectuoso en cierta forma, mas todavía resaliente, fuertemente arraigado en la cultura del altiplano cundiboyacense y rediseñado en los distritos de las plantaciones orientadas hacia la exportación en la ladera occidental de la Cordillera Oriental durante el siglo XIX. Por un lado, la posición separada y desigual de terrateniente y campesino en la jerarquía social fue reconocida por ambas partes, como puede simbolizar el; hecho de que los trabajadores saludaban arrodillados a los caficultores. Los terratenientes humillaban a sus dependientes mediante abuso verbal y físico y

29. Cundinamarca. Informe del gobernador a la Asamblea del departamento, 1911, pp. x-xi.

30. Informe del secretario de Hacienda al gobernador, 1918, p. 44.

31. Revista Nacional de Agricultura, lo. de abril de 1908, p. 353. Ver también el comentario de Gabriel Ortiz Williamson sobre este problema, en "Trabajo personal", Revista Nacional de Agricultura, 10 de junio de 1909, pp. 185-187.

32. Revista Nacional de Agricultura, lo. de abril de 1908, p. 353. Por ejemplo, en febrero de 1918, una manifestación política en la plaza central de Viotá se tornó en una violenta batalla entre los campesinos y la policía departamental, durante la cual los evasores de impuestos fueron soltados de la cárcel. Para un informe sobre el incidente, ver Cundinamarca, Memoria del secretario de Gobierno de Cundinamarca, 1918, p. 22. Al año siguiente hubo una represión aparentemente bastante áspera de los campesinos involucrados en actividades de contrabando. El 17 de marzo de 1919, J. Abondano y M. Lartignsa, dos caficultores de Viotá, se quejaron a las autoridades departamentales acerca de los abusos de los tasadores de impuestos contra la población local. Ver Palacios, Coffee in Colombia, p. 28?.

hostigamiento sexual. Pero los dos gozaban de una cercana identificación porque las dos clases habían vivido y trabajado juntas en los cafetales durante el último cuarto del siglo XIX. Los hombres campesinos consideraban que merecían el respeto de sus señores, ligados a ellos menos por servilismo que por esfuerzos comunes y afecto mutuo; los caficultores mostraron un decoro apropiado y hasta buen humor hacia los hombres en cuya mano de obra se basaba su riqueza. Dicho paternalismo fue obviamente marcado por profundas contradicciones (33). Mas estas tensiones se manejaron efectivamente porque, como un burócrata luego recordó, los patronos más efectivos eran aquellos que sabían cómo tratar a sus dependientes con una mezcla sutil de liberalidad y firme reconocimiento de su superioridad (34). De hecho, en las tempranas etapas de la formación de las haciendas, los caficultores cultivaron lo que Richard Sennett ha llamado el 'falso amor', inherente al paternalismo entre amo y sirviente, tan cuidadosamente como cultivaban sus preciosos cafetales (35).

No obstante, después del cambio de siglo, este disolvente del antagonismo de clase estaba perdiendo su efectividad. La

rápida expansión de la fuerza labora] en las grandes haciendas después del año 1900 y las crecientes presiones en el lugar del trabajo de la plantación, junto con los ampliados horizontes de los arrendatarios y el ausentismo de los caficultores, quienes se encontraban en sus oficinas en Bogotá o en grandes giras por Europa, puso de relieve las profundas tensiones inherentes al paternalismo. Mientras algunos de los administradores eran bastante efectivos en su trato con los peones y arrendatarios, el espíritu de deferencia mutua entre los propietarios y sus trabajadores se vio seriamente afectado. Como hemos visto, los campesinos respondieron reservando sus recursos para sus hogares. Pero también afirmaron su identidad y autoestima en maneras más simbólicas, aparentemente irracionales. Entonces, el cadáver de la mejor de las reses con un mensaje tallado en su pellejo —"no nos jodan"— o la tala de un bosque de caro eucalipto importado, por una pandilla de jóvenes resultaron ser más que meros actos de picardía. Daban indicios de que el código social, que desde los



"Maternidad", 1940.

tiempos de antaño había gobernado las relaciones entre clases en los distritos de las grandes haciendas cafeteras, se estaba desmoronando severamente.

Los cimientos del dominio de la élite, por lo tanto, resultaron profundamente debilitados aun antes de que los arrendatarios formaran las primeras ligas campesinas con la ayuda de radicales urbanos a finales de los años veinte. Como un antiguo arrendatario explicó años más tarde, "los propietarios ni siquiera nos saludaban, considerándose de una raza diferente". Un grupo de arrendatarios, entonces, decidió no saludar tampoco haciendo que sus empleadores se quejaran de la rudeza de sus trabajadores. Uno de los arrendatarios respondió: "Mire, señor, ¿por qué debemos desperdiciar nuestro tiempo saludándolo a usted? ¡ Mejor saludar a un árbol que por lo menos devuelve el saludo!" Al recontar esta historia, el viejo claramente

33. Para una discusión teórica del diseño y las tensiones dentro del paternalismo, ver Howard Newby, "The Deferential Dialectic", *Comparative Studies in Society and History*, XVH:2, 1975, pp. 139-164.

34. Entrevista con Helí Páramo, Bogotá, 15 de abril de 1980. Para una discusión sugestiva del trato en otro contexto histórico, ver Isaac Rhys, *The Transformation of Virginia, 1740-1790*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1982.

35. Richard Sennett, *Authority*, Nueva York, Random House, 1980, Capítulo 2.

reconoció que los términos de interacción social entre las clases estaban siendo reescritos. "Entonces comenzaron ciertas presiones", recordó, "cierta forma de rebelión. Si, así fue" (36).

EL PROBLEMA DE LAS FALDAS'

Los conflictos respecto a roles de género y normas sexuales —entre los campesinos y sus superiores y entre los campesinos mismos— eran los puntos centrales en la reelaboración del registro de las relaciones de clase en las grandes haciendas cafeteras después de iniciado el siglo XX. En 1928, el primer contrato firmado entre una organización de arrendatarios y un hacendado de Viotá incluyó una disposición que estipulaba que "los jefes tomaran las medidas necesarias, en lo posible, para asegurar que sus empleados no fueran irrespetuosos ni atacaran a los arrendatarios ni a sus familias" (37). Aparentemente el artículo se diseñó con el fin de proteger a los trabajadores del abuso físico brutal y a menudo caprichoso que generalmente caracterizaba la gestión de las haciendas. Sin embargo, los negociadores varones campesinos claramente deseaban la resolución del "problema de las faldas", generalmente entendido como la violación y seducción de sus mujeres por los dueños y mayordomos de la empresa cafetera más grande de Viotá. Para estos hombres, su dignidad estaba ligada al hecho de arrebatarse a los patronos el

control total de sus familias y de sus mujeres en particular. La profunda ansiedad generada por las depredaciones sexuales de los propietarios y empleados en las haciendas, por cierto fue igualmente responsable de la creación de una oposición organizada de los campesinos pobres en la década siguiente como las exigencias por la alteración de las obligaciones laborales o los esfuerzos por garantizar la autonomía de la unidad familiar campesina.

Este era un punto de contención antiguo entre amo y sirviente en Cundinamarca. Después de la conquista española en el siglo XVI, la reconstrucción de las relaciones de género en el populoso altiplano cundiboyacense acompañó la creación de una sociedad señorial en la cual las clases altas blancas ejercieron control sobre las poblaciones conquistadas, mediante redes de terratenientes, jefes locales y curas (38). Las sociedades pre-

38. Para materiales sobre esta región de Colombia, la cual no ha sido suficientemente estudiada, véase Orlando Fals Borda, *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, Ediciones La Rosca, 1975; y la historia clásica de la formación del sistema señorial en el altiplano, Guillermo Hernández Rodríguez, *De los chibchas a la Colonia y a la República*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1949.



hispanicas se habían caracterizado por relaciones sexuales premaritales, una pluralidad de intimidades en la vida adulta de ambos sexos y el acceso independiente por parte de las mujeres a los recursos económicos. El renovado sistema de género establecido por los colonizadores europeos y sancionado por la Iglesia Católica tuvo el fin de asegurar la subordinación definitiva de las mujeres y sus familias a los hombres. Durante los cuatro siglos y medio posteriores a la conquista, los terratenientes y clérigos, en colusión con los clanes campesinos dominados por varones creados bajo sus auspicios, buscaban garantizar la conformidad a un sistema patriarcal dentro de la familia campesina (39). Pero, aun cuando las élites fomentaban el patriarcado entre los campesinos, la intimidad forzada a las mujeres indígenas por los blancos fue común y dio lugar a un rápido, mestizaje a través de la mayoría del altiplano cundiboyacense y a relaciones sexuales institucionales

39. Para una discusión de un proceso similar mediante el cual las mujeres fueron subordinadas en una sociedad campesina en el altiplano central peruano, véase Florencia Mallon, "Patriarchy in the Transition to Capitalism: Central Peru, 1830-1950", *Feminist Studies*, 13:2, Verano, 1987, pp. 379-407.

36. Entrevista, Emilio Pineros. Viotá, 6 de febrero de 1980.
37. Acuerdo Buenavista, en Registraduría de Tierras, La Mesa, Libro de Registro, Volumen I, Folio 409.

Entonces, desde el comienzo, la posición de la élite respecto de la sexualidad y la organización familiar entre sus dependientes eran profundamente contradictorias. A comienzos del siglo XX hubo una creciente preocupación entre las élites de que las clases bajas, como lo dijo el gobernador de Cundinamarca en 1906, habían olvidado "sus responsabilidades con Dios y sus familias, dejando entonces que los impulsos de costumbres primitivas —obviando toda ley moral— dominaran (42). Poco

denas, *La mujer colombiana y latinoamericana*, Medellín, Imprenta Marín, 1973, pp. 64-76; y Josefina Amézquita de Almeyda, con la colaboración de Magdalena León de Leal y Lilian Motta de Correa, "Condiciones de la mujer en el derecho de familia", en Magdalena León de Leal, comp., *La mujer y el desarrollo en Colombia*, Bogotá, Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, p. 273. 42. Eliseo Medina hizo esta evaluación en su informe sobre las condiciones en la parte occidental de Cundinamarca después de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). Cundinamarca, *Visita del gobernador del departamento de Cundinamarca a las provincias de Sumapaz*,

después la Iglesia Católica inició sus primeras campañas masivas para salvar las almas y las familias de los pobres (43). Esta creencia seguramente se repitió en las súplicas de Jesús del Corral para la reafirmación del patriarcado entre los pobres rurales, y urgió a los demás caficultores a no contratar parejas no casadas en sus haciendas.

Su condenación de los "demonios de seducción" que acechaban el campo en busca de mujeres jóvenes probablemente cayó en los oídos sordos de sus colegas. La presunción de un acceso sin desafío por parte de las élites a las mujeres de clase baja, tan común en la sociedad del altiplano, fue fácilmente trasplantada a los distritos de las plantaciones recientemente establecidas desde el año 1870 en adelante. No había una falta de objetivos para las relaciones sexuales coercitivas, especialmente considerando el gran número de adolescentes solteras que llegaban a trabajar en los cafetales y los centros de procesamiento, ni una carencia de explicaciones o excusas. Las ideologías racistas predominantes revelaron la sexualidad no aprovechada de los pobres, y de las mujeres en particular (44). El folclor local pre-

lizadas entre las clases, las cuales socavaron la autoridad de los varones entre el campesinado. A menudo las campesinas jóvenes daban favores sexuales a sus amos antes del matrimonio y muchas veces sirvieron de concubinas para los hombres de bien en la densamente poblada región al norte y al este de Bogotá (40). Finalmente, las normas legales respecto de las mujeres, las cuales estuvieron vigentes hasta bien entrado el siglo XX, no les permitían atestiguar en las cortes contra sus maridos ni entrar en contratos legales mientras estaban casadas, y dejaron la administración de sus bienes en manos de sus parientes varones (41).

40. Este proceso está cuidadosamente analizado en la obra de Virginia Gutiérrez de Pineda, *Familia y cultura en Colombia*, Bogotá, Coediciones Tercer Mundo y Universidad Nacional de Colombia, 1968, pp. 58-71. Para una experiencia similar en el altiplano peruano durante el período post-conquista, ver Irene Silverblatt, *Moon, Sun and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Perú*, Princeton, Princeton University Press, 1987.

41. Para información sobre el estado legal de las mujeres, ver María Cecilia Cár-

Girardot y Tequendama, Facatativá, Imprenta del Departamento, 1906, p. 16.

43. Para información sobre la preocupación emergente de la Iglesia acerca del estado moral de las clases bajas al comienzo del siglo XX, véase *Conferencias episcopales de Colombia, 1908-1953*, Bogotá, Editorial El Catolicismo, 1956.

44. Véase, por ejemplo, información sobre degeneración racial en Colombia, y especialmente el trabajo del reconocido psiquiatra Miguel Jiménez López, *Nuestras razas decaen*, Bogotá, J. Casis, 1920; y *La inmigración de la raza amarilla a la América*, Bogotá, Editorial Minerva, 1929.

sentaba una amplia evidencia de la promiscuidad natural de la mujer campesina; por ejemplo, relatos de secuestros y violaciones de mujeres por osos implicaron el consentimiento de las víctimas (45). Finalmente, es posi-

45. El Tiempo, 21 de septiembre de 1938, reportó que una mujer en el cercano pueblo de San Bernardo había sido secuestrada y cuidada por un oso por un periodo de once días. Es de interés que Natalie Zemon Davis haya notado que vínculos entre mujeres y osos eran el tema «e las festividades en los Pirineos

ble que la coacción sexual hubiera sido el arma más potente, aunque peligrosa, a disposición de los caficultores respecto de la imposición de su voluntad en los trabajadores; la resultante fracturación y la desmoralización de la unidad familiar campesina fue consistente con los objetivos del mantenimiento del control sobre

durante los siglos XV y XVI. Véase "Women on Top", en *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, Stanford University Press, 1975, p. 137.

los subordinados mediante decisiones arbitrarias, en este caso dirigidas a la esencia misma de su existencia personal y familiar. De hecho, la intimidad forzada no fue ni una mera encarnación ahistórica de lujuria masculina ni un simple vestigio del señorialismo. Representó una norma cultural fuertemente arraigada que había adquirido nueva vitalidad como una parte integral del proceso de control laboral que surgió en las haciendas más grandes de la ladera occidental.